

# Teresa de Jesús, santa y doctora (15 de octubre)



Al proclamarla doctora de la Iglesia el 27 / 09/1970,

**S.S. PABLO VI AFIRMABA:**

«La vemos ante nosotros como una mujer excepcional, como a una religiosa que, envuelta toda ella de humildad, penitencia y sencillez, irradia en torno a sí la llama de su vitalidad humana y de su dinámica espiritualidad; la vemos, además, como reformadora y fundadora de una histórica e insigne Orden religiosa, como escritora genial y fecunda, como maestra de vida espiritual, como contemplativa incomparable e incansable alma activa. ¡Qué grande, única y humana, qué atrayente es esta figura! Antes de hablar de otra cosa, nos sentimos tentados

a hablar de ella, de esta santa interesantísima bajo muchos aspectos. La doctrina de Teresa de Ávila brilla por los carismas de la verdad, la fidelidad a la fe católica y la utilidad para la formación de las almas. Y podríamos resaltar de modo particular otro carisma, el de la sabiduría, que nos hace pensar en el aspecto más atrayente y al mismo tiempo más misterioso del doctorado de Santa Teresa, o sea, en el influjo de la inspiración divina en esta prodigiosa y mística escritora. Estamos, sin duda alguna, ante un alma en la que se manifiesta la iniciativa divina extraordinaria, sentida y posteriormente descrita llana, fiel y estupendamente por Teresa con un lenguaje literario peculiarísimo».

## RASGOS QUE DESTACAN EN SU OBRA

— **Su estilo.** El estilo literario y pedagógico de santa Teresa es algo que singulariza sus escritos. Lo más incuestionable es el ininterrumpido tono coloquial de todas sus páginas. Teresa dialoga escribiendo. (A veces interrumpe el diálogo con el lector y lo emprende con Dios). No sólo «escribe como habla», según la norma humanística de su siglo. Ella «habla escribiendo». En uno de sus prólogos se lo propone a sí misma como norma: «Iré hablando con ellas (con las lectoras) en lo que escribiré» (prólogo al *Castillo interior* 4). Esa voluntad de diálogo se intensifica con el repliegue sobre su propia experiencia y con el deseo de conectar con la experiencia de sus lectoras. A la vez, Teresa es una artista de la imagen. Ha logrado crear una gavilla de símbolos de alta calidad literaria, de gran densidad doctrinal y de alcance universal: el castillo interior, el huerto del alma, el gusano de seda que se vuelve mariposa, el agua viva de pilones y arcaduces, el camino de perfección...

— **Su evangelio de base.** Teresa se propone educar la vida cristiana sobre la base de una pequeña cartilla de virtudes evangélicas: el amor y la amistad, la pobreza y el desasimiento para la libertad de espíritu, la humildad y el amor a la verdad, la «determinada determinación» que dé temple a la voluntad, el cultivo de «altos pensamientos» y «grandes deseos» ... Y a continuación, las típicas virtudes del humanismo teresiano: el aprecio y respeto de la persona, la alegría de vivir, el amor a la naturaleza -«agua, campo, flores»-, la cortesía y afabilidad: «Cuanto más santas más conversables con vuestras hermanas».

— **La mística de Cristo.** Es característico su amor a la humanidad de Cristo, a cuyo elogio dedica un capítulo central en cada uno de sus dos libros mayores: *Vida* 22 y el c. 7 de las *Moradas* sextas. Cristo es «hombre» como nosotros, «no se espanta de las flaquezas de los hombres, entiende nuestra miserable compostura» (*Vida* 37,5). Es amigo nuestro -«¡qué buen amigo hacéis, Señor!»- (*Vida* 8,6). Es el maestro desde el evangelio y desde lo interior de cada uno. Es dechado de toda vida cristiana: «Por él nos vienen todos los bienes». «Tratarlo», es decir, relacionarse personalmente con él, es condición indispensable para ser cristiano. Teresa testifica con su fuerza que toda su vida mística ha florecido desde Cristo.

— **El «pléroma».** Esta palabra con que san Pablo designó «la plenitud», en Teresa se traduce por «santidad». La expone en las séptimas moradas de su *Castillo*. Para ella, la santidad, en cuanto plenitud humana y cristiana, tiene un doble componente: dejar que se cumplan en nosotros las promesas de Jesús (que more en nosotros la Trinidad y que seamos uno con él) y que como Cristo (configurados con él), «seamos para los otros»: que la madurez interior desbarate definitivamente el encastillamiento de nuestro egoísmo y desate en nosotros la disponibilidad de la diaconía incondicional, como fue la de Cristo Señor en la plenitud del amor.

— **Oración.** Teresa es contemplativa por estructura anímica y por vocación. Pero está muy lejos de contraponer la oración a la acción. Ella concibe la oración como una relación interpersonal: trato de amistad entre Cristo y el orante, pero a condición de que sea capaz de contener, dentro de ese círculo de amor, a todos, amigos y enemigos. Su manual de oración es el padrenuestro: aprender a compartir desde esa pequeña plegaria los sentimientos de Cristo frente al Padre, frente a nuestras indigencias y necesidades, frente a nuestros hermanos, frente a las tentaciones y quiebras de la vida, frente al mal.

(Así lo señala T. Álvarez en su presentación)